

## RECORDANDO A MAURICIO

Nos conocimos antes de nacer, el día que nuestras madres con sus enormes panzas, se encontraron en el pequeño ascensor del edificio al que se habían mudado recientemente.

Las mujeres miraron sus respectivos bultos, se rieron, se preguntaron sobre la posible fecha del parto y todas esas cosas que comparten las mujeres encinta y desde ese entonces, Laura García y Sara Grinstein, fueron amigas durante toda su vida.

En la panza de Sara se gestaba Mauricio, en la de Laura, yo.

Mauricio nació una semana antes, también caminó primero, hablaba fluidamente cuando mi vocabulario se limitaba a unas pocas palabras, siempre llevó la delantera en todo pero eso no fue un obstáculo para nuestra amistad.

Nuestras familias se definían como católicos y judíos respectivamente, pero practicaban sus religiones sin excesivo rigor. No obstante respetaban algunas tradiciones; a los diez años, cuando tomé mi primera comunión, toda la familia Grinstein, incluido el abuelo, fueron a la parroquia del barrio, se ubicaron en los últimos bancos y miraron con curiosidad esa ceremonia extraña. Después fueron a la fiesta, me felicitaron con entusiasmo y me regalaron hermosos libros.

Cuando Mauricio tuvo trece, mi familia en pleno fue a la sinagoga para su Bar Mitzvah, participamos de la fiesta, nos deleitamos con los dulces que había preparado Sara, y llevamos los regalos que yo había sugerido a mis padres: una calculadora científica y un libro de historia de la ciencia.

Con Mauricio cursamos la primaria en la escuela del barrio, y después asistimos a la misma escuela secundaria. Fue Mauricio el que eligió esa escuela técnica y yo lo seguí. Él quería estudiar ingeniería, yo quería ser escritor, pero no quería separarme de él.

Las dos familias íbamos al mismo club de barrio, sus instalaciones, en particular la pileta, suplía las "vacaciones" que no podían darnos.

Allí tuve mi primera novia y mi primera decepción con las mujeres.

Ana era rubia y hermosa; cuando aceptó mi invitación a tomar un refresco, toqué el cielo con las manos. El romance duró menos de un mes, terminó abruptamente cuando ella preguntó:

- ¿Por qué sos amigo de ese judío?

En la escuela había conocido algunas expresiones de prejuicio racial, a las que Mauricio no les daba importancia; nunca pensé que ella hiciera esa pregunta.

Con mucha bronca contesté con otra pregunta.

- ¿Por qué decís eso?

- ¿No sabés que los judíos mataron a Cristo, que roban niños para sacrificarlos en el templo, que son avaros y tramposos?

Pocas palabras bastaron para terminar con mi primer amor

- Solo sé que sos estúpida e ignorante.

Cuando se lo conté a Mauricio, contrariamente a lo que suponía no se enojó, simplemente dijo:

-Estamos tan acostumbrados a la difamación gratuita, a la persecución y la maldad, que la aceptamos como una parte de nuestra carga por ser, supuestamente, el pueblo elegido.

Ese año Mauricio insistió en que tomáramos clases de inglés, no las clases de la profesora del barrio sino clases en un instituto del centro donde los cursos eran intensivos y al finalizar nos tomaban exámenes rigurosos.

Durante tres años, al salir de la escuela tomábamos el colectivo para el centro, con el objeto de introducirnos durante tres horas de trabajo intenso, en la lengua de Shakespeare. Al finalizar el curso, rendimos el "Toefl" sin dificultad.

Terminada la escuela y los cursos de inglés, él comenzó a estudiar ingeniería química, yo me inscribí en la carrera de periodismo. Mi primer impulso hacia las letras como ficción, se había trastocado en el deseo de escribir sobre la realidad.

Mauricio se puso de novio con una chica de la colectividad que, con discreción, cuestionó nuestra amistad.

Él no terminó la relación, sencillamente y con paciencia, fue deshaciendo la urdimbre de prejuicios que la familia de Myriam, había tejido pacientemente desde su infancia.

Era una chica inteligente y bondadosa de la cual, con el tiempo fui muy amigo.

Mientras tanto Mauricio había cambiado Los conflictos entre Israel y Palestina lo preocupaban; cada atentado, cada muerte, lo afectaba profundamente. Sin decirme nada comenzó a estudiar hebreo.

Cursó la carrera de ingeniería a una velocidad increíble. Supuse que su apuro obedecía al deseo de casarse con Myriam, pero me equivocaba. Cuando rindió la última materia, en medio del festejo familiar, me llevó aparte para decirme que a la semana siguiente partía para Israel donde haría su servicio militar, con el propósito de integrarse al ejército

Miré a Sara y su expresión de felicidad y orgullo, me hizo suponer que no sabía nada. Miré a Jacobo y vislumbré una angustia que disimulaba con risas y bromas.

Cuando pudimos estar solos, traté de disuadirlo apelando a distintos argumentos

- Sos argentino y tu familia es polaca, Israel es sólo un referente para tus tradiciones, como puede ser el Vaticano para mí. No hay razón por la que debas exponerte, tenés que pensar en tu madre, en Myriam.

Pero lo conocía demasiado y sabía que sus decisiones eran irrevocables.

Entonces recibí la otra noticia que me aturdió aún más:

Myriam viene conmigo, ella también va a incorporarse al ejército

Tal como lo había anunciado, a la semana siguiente partieron, sin darles a sus padres la alegría de una boda.

Me recibí y comencé a lidiar con mi primer empleo, redactando necrológicas en un diario de poca circulación y exiguos sueldos.

Casi todas las semanas recibía una carta de Mauricio. En ellas contaba que el entrenamiento era severo, Myriam había desertado y vivía en un kibutz con una tía.

Se veían poco porque el kibutz estaba lejos, no obstante Myriam estaba embarazada.

Me pedía que no le contara nada a sus padres, pensar que su nieto nacería tan lejos, los enloquecería.

Con el tiempo, conseguí trabajo en un diario de mucha circulación y buen sueldo. Allí descubrí que todo lo que aprendí en la Facultad sobre la ética del periodismo, era una mentira flagrante, en ese

medio se falseaba la verdad sin escrúpulos. Debía redactar las noticias sobre todo las políticas, tergiversando, censurando y muchas veces mintiendo descaradamente.

¿Por qué me vendía? Por Susana, la jefa de redacción, una mujer espectacular que fue mi primer gran amor.

Mauricio escribía ahora más espaciadamente, Myriam había tenido una niña a la que llamaron Sara.

El día que descubrí que Susana se acostaba con el presidente de la compañía y otros miembros del staff, presenté mi renuncia.

El mismo día llegó una carta de Myriam informando que Mauricio había sido herido en un enfrentamiento y estaba grave, me pedía que yo se lo transmitiera a sus padres.

No fue necesario dar la noticia, Jacobo abrió la puerta, vio mi cara y lo supo, después me pidió que me fuese, él tenía que darle la noticia a Sara.

Compré un pasaje para Tel Aviv. Quería ver a mi amigo y posiblemente despedirme de él.

Cuando llegué al aeropuerto, Myriam me estaba esperando. Lo primero que dijo fue:

- Quería verte, pero no pudo, me hizo prometer que te vendría a buscar.

Al rato, con todo el cansancio del vuelo, asistí a la ceremonia de su inhumación. Fue muy emotiva, lo ascendieron post muerte y lo nominaron héroe nacional. Como no entendía las palabras en hebreo del rabino, Myriam me las traducía.

Después, nos fuimos al hotel y charlamos durante horas. Ella me contó las hazañas de Mauricio que justificaban esa ceremonia tan solemne.

Esa noche me dormí, agotado y dolido como no lo había estado nunca.

Myriam me invitó al kibutz para que conociera a la pequeña Sara.

Allí encontré un lugar paradisíaco de paz y concordia. Aunque era un invitado y no tenía obligación de hacerlo, comencé a trabajar en la redacción del periódico local. Redactaba los pocos acontecimientos que se producían en la comunidad y me aventuraba a trasladarme a otros grupos, utilizando el desvencijado jeep que oficiaba de único medio de transporte .

Escribía los artículos en inglés –cuyo dominio se lo debía a Mauricio- y un compañero los traducía al hebreo.

Durante los primeros meses todo pareció perfecto, yo me estaba enamorando de Myriam y de su hijita Sara, tan igual a Mauricio que a veces me sobresaltaba.

Hasta el día que ella me invitó a dar una vuelta por la granja, para hablar con tranquilidad.

Lo primero que dijo fue:

- Tenés que irte, has estado demasiado tiempo para ser un huésped; también yo me iré pronto a Jerusalén, tal vez vuelva a Buenos Aires.

Ante mi asombro continuó:

- El kibutz no es el paraíso que todos creen, tampoco Israel lo es. Los principios básicos sobre los que se creó el estado judío, fueron los de crear una comunidad organizada en forma solidaria, sin diferencias sociales. En donde se dé primacía a lo colectivo y no al individuo.

No te engañes, este propósito se ha cumplido a medias sólo en los kibutz, donde vive una escasa proporción de los habitantes del país. También se estableció como prioridad el entendimiento con la

población árabe israelí. Ya ves, nada de eso se ha conseguido, la muerte de Mauricio es un ejemplo de esos errores.

Volví a mi país, al principio recibí algunas cartas de Myriam, luego no supe nada de ella ni de la pequeña Sara.

Los padres de Mauricio volvieron a Polonia, tratando de olvidar la tragedia de su hijo muerto en una guerra sin sentido y la imposibilidad de ver a su nieta, ni siquiera sabían dónde se había establecido Sara.

Yo volví a ser el periodista obsecuente que escribía lo que los jefes aprobaban, llegué a ser jefe de redacción y me transformé en lo que siempre había detestado: un censor.

Me casé con una colega que se ocupaba de la sección "chismes" o algo parecido, tuve un hijo al que llamé Mauricio y esa decisión me costó varias reyertas matrimoniales.

Mauricio es un recuerdo del que no hablo con nadie. Quizás algún día pueda contarle a mi hijo la razón de su nombre.